

JUAN DE LA CUEVA, POETA DEL CANCIONERO *FLORES DE BARIA POESÍA*

A semejanza de otros cancioneros misceláneos del siglo de oro, (el *Cancionero Antequerano*, editado por Toledo y Godoy, y el *Cancionero de 1628*, editado por J. M. Blecua), el cancionero *Flores de baria poesía* constituye una de las colecciones más amplias de poesía correspondiente a un período, en este caso, el que va aproximadamente de 1543, fecha en la que se podrían situar los sonetos que aparecen en el manuscrito atribuibles a Garcilaso de la Vega, o bien de 1545 —año en que pudo haber sido compuesta la canción de Cetina que empieza: « Sobre las ondas del furioso Reno »— hasta 1577, año de su compilación. Difícilmente se encontraría —aunque en el terreno de la investigación nunca se puede decir la última palabra— otro cancionero misceláneo recopilado en tierra americana que ofrezca una visión tan completa de la poesía española de tendencia italianizante. El contenido del manuscrito abarca más de un tercio de siglo, y en él figuran poetas peninsulares de primera línea, pertenecientes a la que se ha llamado « generación de Boscán », como Diego Hurtado de Mendoza, Gutierre de Cetina, Hernando de Acuña, Pedro de Guzmán y Jerónimo de Urrea; escritores que, ubicándose dentro de la misma escuela italianizante, se insertan por edad en promociones posteriores, como Francisco de Figueroa, Fernando de Herrera, Baltasar del Alcázar, Gregorio Silvestre, y Juan de la Cueva; y poetas a medio famosos, que deben haber llegado al manuscrito exclusivamente por razón de amistad con algún poeta prominente, como Vadillo, amigo de Gutierre de Cetina; o Juan Farfán y Jerónimo de Herrera amigos posiblemente, o por lo menos conocidos, de Juan de la Cueva, a través de la amistad común con Francisco Pacheco, el animador de la famosa tertulia sevillana, y autor de los *Retratos de ilustres y memorables varones...*

A través del manuscrito no es posible seguir el camino que traza la amistad en el curso de una época y en el espacio de dos continentes. Las epístolas y algunos sonetos, dan cuenta de relaciones que ayudan a entender el dato biográfico, que permiten descifrar una

biografía. Por las atribuciones de un mismo poema a diferentes autores, por las composiciones anónimas cuyo autor se ha podido identificar —y que en algunos casos se atribuyen no a uno sino a varios— sabemos de las relaciones que se dieron, por ejemplo, entre Diego Hurtado de Mendoza y Pedro de Guzmán, entre Cetina y Acuña o entre Francisco de Figueroa y Pedro Laynez. Podemos imaginar a Terrazas departiendo en las tertulias novohispanas de Martín Cortés con González de Eslava y Carlos de Sámano; podemos imaginar también a Baltasar del Alcázar tomando el nombre materno de Baltasar de León para dirigir una epístola a Cetina en que le cuenta del tedio de la aldea y a éste dándole noticias de las falacias de la vida mundana en la composición que empieza «Vuestra carta, señor, he recibido». Y al mismo Cetina dirigiendo unas octavas a don Jerónimo de Urrea, quien le contestará llamándolo con su sobrenombre poético: «Vandalio, a quien virtud siempre acompaña». Aún cuando la nómina de poetas que forman parte del cancionero se integra de modo predominante con escritores peninsulares, aparecen también los criollos, como Francisco de Terrazas, Martín Cortés y Carlos de Sámano¹ además de los españoles que llegaron a Nueva España y se avicindaron en ella, como Hernán González de Eslava; los que vivieron en Nueva España algunos años y aquí murieron, como Gutierre de Cetina, y los que hicieron de Nueva España un lugar de tránsito, como Juan de la Cueva y Juan Luis de Ribera.

Por lo que respecta a Juan de la Cueva, el papel que desempeña en relación con el cancionero es muy similar al de Gutierre de Cetina. A ambos se puede atribuir la aportación de una gran cantidad de poesía ajena, y ambos, ocupan los lugares más destacados en el manuscrito, en cuanto a número de composiciones propias. De la Cueva figura con 32 poemas, entre los que se encuentran sonetos, madrigales, odas, una elegía y una sextina.

Numerosos críticos se han ocupado de él, entre otros: F. A. Wulff, E. Walberg, Francisco de Icaza, y Francisco Rodríguez Marín. No es nuestra intención repetir lo dicho por ellos en sus respectivos estudios sino tomar, tan sólo, los datos que convienen para la ubicación del poeta en este cancionero. Por lo que toca a referencias a nuestro poeta entre sus contemporáneos, Juan de la Cueva —que en su *Viage de Sannio* hizo mención de numerosos autores de su siglo,

1. Algunos de los cuales han sido mencionados por M. Méndez Bejarano en *Poetas españoles que vivieron en América*, Madrid, Renacimiento, 1929, 413 p.p.

algunos de los cuales aparecen en este manuscrito— fue, a su vez, objeto de un breve homenaje, que en forma de soneto le dedicó Francisco Pacheco, el cual ha sido reproducido por José Ma. Asensio en su estudio sobre las obras artísticas y literarias de Francisco Pacheco, p. XI. El soneto dice como sigue:

« A Juan de la Cueva »

En tanto qu'al océano espumoso
Lleva, Cueva divino, en su pureza
De tu copioso ingenio la riqueza
El grande Río, ufano i glorioso.

I en la Selva de Alcides el hermoso
Coro, entalla i escribe en la corteza
Del'abundosa oliva, por grandeza
Tu nombre ilustre i verso numeroso;

Yo, combatido de elementos varios
Aquí, codiciaré tu gran tesoro,
Gloria del siglo, i la nación temida.

Triunfará tu virtud de sus contrarios,
Yo callaré para mayor decoro,
Pues hablando tus obras, te dan vida.

Aun cuando no hace mención explícita al Nuevo Mundo, en el primer cuarteto Pacheco parece insinuar que el « grande Río » —el Guadalquivir, sin duda— al conducir el ingenio de de la Cueva hacia el océano, lo lleva fuera de España, muy posiblemente hacia Nueva España, en donde el poeta sevillano radicó durante algunos años.

Similar en el tono hiperbólico, es la mención que de Juan de la Cueva hace Cervantes Saavedra en « El canto de Calíope », quien no apellida a nuestro poeta « de la Cueva », sino « de las Cuevas »:

« Dad a Juan de las Cuevas el debido
lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
pastores, pues lo tiene merecido
su dulce musa y raro entendimiento.
Sé que sus obras del eterno olvido
(a despecho y pesar del violento
curso del tiempo) librarán su nombre
quedando con un claro alto renombre ».²

Es posible que esta octava haya surgido de una relación concertada entre ambos escritores en la academia de Francisco Pacheco,

2. M. de Cervantes Saavedra, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1967, Est. prel. y notas de A. Valbuena Prat., p. 749.

quien, a juzgar por el soneto reproducido más arriba, conocía, y estimaba, a Juan de la Cueva. Por otro lado, a su tertulia acudía también Cervantes, como lo hace constar José Sánchez en *Academias literarias del Siglo de Oro español*. Siendo las academias sevillanas abundantes en esta segunda mitad del siglo XVI, no es de extrañar que un mismo poeta acudiera a varias de ellas. Juan de la Cueva era igualmente contertulio de la Academia del Conde de Galves, a la que asistían, entre otros poetas y humanistas notables, Fernando de Herrera y Juan de Malara, autores que figuran en *Flores de baria poesía*, y cuyos poemas pudieron, muy factiblemente, haber sido traídos al Nuevo Mundo por el propio de la Cueva, quien concurría a estas reuniones hacia 1565, a la temprana edad de quince años, si tomamos como cierto el año de nacimiento de 1550, en Sevilla, señalado por F. A. Wulff y F. de Icaza.³

Consta, por otra parte, en el *Viage de Sannio*, que de la Cueva sabía de la existencia de dos poetas que también figuran en las *Flores*: Baltasar del Alcázar y Juan de Iranzo. No descartaríamos la posibilidad de que haya sido él el introductor de Iranzo en el manuscrito.

F. A. Wulff elaboró una bien organizada cronología de Juan de la Cueva, de la cual entresacamos los datos siguientes: hacia 1572 el poeta viaja a Nueva España, acompañando a su hermano, el inquisidor Claudio de la Cueva, quien se avecindó en Guadalajara; hacia 1577 regresa a España con quien Wulff denomina « el general de la flota », Antonio Manrique; a partir de 1579 vive en Sevilla en donde se representarán a lo largo de varios años, sus obras dramáticas; en 1607 se traslada a la ciudad de Cuenca, en la cual permanece hasta 1609, última fecha que Wulff proporciona en la cronología de de la Cueva. Es seguro que a su regreso a España, de la Cueva mantuviera la amistad de Francisco Pacheco, ya que, de acuerdo con su biógrafo, en 1599 escribió un soneto a la muerte de este entrañable amigo, quien falleció a la edad de 83 años, parte de los cuales dedicó a animar esa academia por la que desfiló en pleno la escuela sevillana, y de la que surgieron los famosos *Retratos*...⁴

3. F. A. Wulff, *Poemas inéditos de Juan de la Cueva*, en Lund, Universitats Ark., p. XXXIV; F. de Icaza « Sucesos reales que parecen imaginados de Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán », en *Lope de Vega, sus amores y sus odios...*, México, Ed. Porrúa, 1962, p. 194, Prol. de E. Abreu Gómez.

4. Pacheco, Fco., *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, en Sevilla 1599, fols. s./n.

Aun cuando hemos apuntado la posibilidad de que los poemas de Pedro Guzmán que figuran en el cancionero hayan sido traídos a Nueva España por Gutierre de Cetina, habría que señalar que Juan de la Cueva dedicó a Guzmán un soneto titulado « En una mudanza de una señora... » lo cual indicaría que, por lo menos, de la Cueva conocía la obra poética de Guzmán, si es que no llegó a tratarlo personalmente.

En cuanto a Gutierre de Cetina, el otro gran puntal del cancionero, aunque Juan de la Cueva lo menciona en su *Viage de Sannio* si nos atenemos a la cronología propuesta por Icaza de la vida de Cetina, es difícil que se hayan conocido personalmente, ya que mediaban treinta años de diferencia entre las fechas de nacimiento de ambos, y Cetina se embarca en su segundo viaje para América hacia 1550, aproximadamente, o sea en el año en que, según los datos proporcionados por Wulff, nacía Juan de la Cueva. Y la fecha siguiente que podría haberlos unido, la del viaje de de la Cueva a México, tampoco debe ser tomada en cuenta para un posible encuentro entre ambos, ya que de la Cueva llegaría a Nueva España hacia 1573, casi veinte años después de la muerte de Cetina, si nos atenemos a la cronología de Icaza respecto a este último. Es decir, que las referencias que de la Cueva tuvo sobre Cetina muy probablemente le fueron proporcionados por su amigo Pacheco, o bien por vías diversas, ya que Cetina era, sin duda, conocido, tanto en Europa, por los autores de la primera mitad del XVI, como aquí, en México, por colegas y tertulios novohispanos.

Alfonso Méndez Plancarte publicó en sus *Poetas novohispanos, Primer siglo*, pp. 13-16, la « Epístola al Licenciado Sánchez de Obregón, Primer Corregidor de México... » y un soneto que Méndez Plancarte titula: « Al inquisidor Claudio de la Cueva, mi hermano, estando en México ». No deja de extrañarnos que ninguno de estos poemas haya sido incluido en el cancionero, máxime si damos a Juan de la Cueva el crédito de compilador. Quizás tal omisión podría explicarse por la presencia en la epístola de mexicanismos que romperían con el estilo amanerado y un tanto esquemático de las composiciones italianizantes que componen el manuscrito. En cuanto al soneto, de tono nostálgico y sin grandes valores poéticos, no añadiría nada al mérito de su autor de figurar en las *Flores...* Quizás por ello, en un gesto de inusitada autocrítica, de la Cueva no lo incluyó en el cancionero.

De acuerdo con Francisco de Icaza, « parte de los versos que figuran en sus Obras, publicadas en 1582, ya aparecen en las *Flores de baria poesía*, manuscrito fechado en México en 1577, y pertenecen, por lo tanto, a su mocedad y primera juventud. Entre el último tercio de 1574 y el primero de 1577, en que, despectivamente, llega Cueva a Nueva España y regresa de ella, hay que colocar sus versos ahí escritos ».⁵

Nos parece interesante asimismo el juicio emitido por Icaza respecto a las composiciones tempranas de Juan de la Cueva, porque complementa y redondea lo anteriormente apuntado sobre la poesía de este autor. Para Icaza, « en las composiciones juveniles, anteriores al viaje de Cueva a México, y en algunas de las que escribió allá, predominan las amatorias, y es de notar que las que pueden tenerse con fundamento por las primeras, son las mejores en forma, aunque las menos originales. Cuando *italianizaba y petrarquizaba* —género de que abominó después— su versificación era más natural y limpia. De entonces datan versos suyos que han pasado en algunos florilegios manuscritos como de Gregorio Silvestre, unos, y de Barahona de Soto, otros. Atribución falsa, pues los declara suyos en sus códices autógrafos ».⁶ En efecto, la aportación de Juan de la Cueva a las *Flores de baria poesía* consiste, principalmente, en poemas líricos al modo petrarquista, muchos de los cuales escribió posiblemente durante su estancia en Nueva España.

Es evidente que el lazo de unión de Juan de la Cueva con los poetas que configuran este manuscrito reside en la práctica del petrarquismo por parte del autor en sus primeras poesías líricas, petrarquismo del que más tarde « abominó », como lo ha señalado Icaza y como lo apunta también Mario Méndez Bejarano en su obra citada.⁷ Sin embargo, de estas primicias poéticas, de la Cueva dejó constancia no sólo en las *Flores...*, sino también en la edición impresa de sus poemas de 1582, y en el manuscrito de 1603.

Composiciones de Juan de la Cueva en el cancionero
Flores de baria poesía
(índice alfabético de primeros versos)

CUEVA, JUAN DE LA

A despecho de Amor siguo un camino, núm. 285

Amor, de inuidía de mi buena suerte, núm. 137

5. F. de Icaza, ob. cit., pp. 195-196.

6. *Ibid.*, pp. 198-199.

7. M. Méndez Bejarano, ob. cit., p. 102.

An uisto los que uiuen en la tierra, núm. 193
 Cantando Orpheo con dorada lira, núm. 78
 Cubrió una obscura nuue el día gereno, núm. 81
 ¡Dexad de ser crueles, bellos ojos, núm. 167
 Dexo subir tan alto mi deseo, núm. 76
 Doy muestras de plazer quando más peno, núm. 80
 Dulces regalos de la pena mía, núm. 202
 El espacioso día, núm. 325
 ¡El fiero dios de Amor maldito sea, núm. 66
 Huygo de ueros triste y enojada, núm. 77
 Libre de mi cuidado, núm. 310
 Llámame mi deseo a aquella parte, núm. 270
 Lleva de gente en gente Amor mi canto, núm. 114
 Miro, señora mía, el edificio, núm. 79
 No está en partir mudarse el amor mío, núm. 354
 No quiero habitar más aqueste bosque, núm. 139
 Ojos, que sois del fuego mío instrumento, núm. 307
 Poco puede mi llanto, núm. 289
 Quando absente me hallo de mi gloria, núm. 355
 Quando ardía en mí un juuenil brío, núm. 165
 Quando en mi alma represento y miro, núm. 271
 Quando veo los lazos de oro sueltos, núm. 338
 Recójome conmigo a ver si puedo, núm. 166
 Robó mi alma un coracon altivo, núm. 96
 Sileno del Amor se está quexando, núm. 274
 Tantas mudancas veo en el bien mío, núm. 324
 Texió una red Amor de un subtil hilo, núm. 323
 Un encendido amor de un amor puro, núm. 201
 Yra tengo de mí, porque a despecho, núm. 256

Se ha atribuido a Juan de la Cueva el papel de compilador del Códice *Flores de baria poesía*. No nos es posible detenernos en este punto por razones de espacio y tiempo. Limitándonos a lo dicho, cabe tan sólo concluir señalando que la importancia de Juan de la Cueva dentro del cancionero radica tanto en su aportación de un número considerable de composiciones, como en haber sido el probable portador de una parte de la poesía que compone el cancionero, producto de la inspiración de poetas amigos. Dejamos a críticos y exégetas el juicio sobre las excelencias de la poesía de la Cueva, petrarquista precoz en el cancionero *Flores de baria poesía*.

MARGARITA PEÑA MUÑOZ
Universidad Nacional Autónoma de México